

Desde el corazón del Evangelio hacia el corazón del pueblo
Aspectos cristológicos y eclesiológicos de la *Evangelii gaudium*

S.E. Mons. Octavio Ruiz Arenas
Arzobispo emérito de Villavicencio
Secretario del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización

El Santo Padre en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* ha querido presentar su programa de gobierno pastoral (17)¹ indicando con claridad cuál es la misión prioritaria de la Iglesia, inspirándose en el Concilio Vaticano II, en el magisterio de sus predecesores, en las proposiciones de los Padres sinodales que participaron en la Asamblea del Sínodo de los Obispos sobre “La nueva evangelización para la transmisión de la fe” y, de modo especial, en el Documento conclusivo de la Vª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, realizada en Aparecida.

La *Evangelii gaudium* pretende señalar la urgencia de una “renovación y reforma de la Iglesia” (cf. 43) e indicar la exigencia de una “conversión pastoral” para que sus estructuras se vuelvan más misioneras (cf. 27), lo cual hace necesario iniciar un proceso decidido de discernimiento y purificación que permita “ponerlo todo en clave misionera” (cf. 34) y alentar esa nueva etapa misionera para que esté llena de fervor y de entusiasmo (cf. 17, 261). Este es el contexto en el que trataremos de delinear la presente reflexión sobre sus aspectos cristológicos y eclesiológicos, enmarcándolos por lo tanto en esta pretensión eminentemente evangelizadora. Trataremos entonces de los rasgos de una cristología y una eclesiología al servicio de la evangelización.

1. Desde el corazón del Evangelio. Una Cristología kerygmática

Al tratar de sintetizar los aspectos cristológicos que aparecen en la *Evangelii gaudium* hay que tener en cuenta que este documento no pretende hacer una exposición sistemática de la cristología o de la eclesiología, por lo cual intentaremos fijarnos en aquellos rasgos más sobresalientes que permitan indicar las líneas de pensamiento, en ambos ámbitos, que afloran a lo largo de toda la Exhortación. En este sentido podemos afirmar que se trata de fundamentos teológico pastorales que permean todas las demás temáticas.

1.1. Contexto: La necesidad de síntesis o de ir al corazón del Evangelio

Para poder entender la cristología subyacente en la Exhortación el Papa Francisco nos ofrece un criterio importante en el tercer apartado del primer capítulo titulado «*Desde el corazón del Evangelio*». Consciente de que en el mundo de la comunicación actual los mensajes con frecuencia se presentan mutilados o reducidos a algunos de sus aspectos secundarios, el Papa invita a no dejar que suceda lo mismo con el gran mensaje que la Iglesia debe transmitir y hacer vida y por eso pide concentrarse en comunicar el corazón o núcleo esencial del Evangelio: que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario (cf. 35).

¹ Los números entre paréntesis, sin referencia a cualquier otro documento, corresponden a los párrafos de la *Evangelii gaudium*.

Para explicar este criterio, el Papa recurre a la enseñanza del Vaticano II cuando se refiere a la jerarquía de las verdades de fe y al pensamiento de Santo Tomás para lo que concierne a la jerarquía en las virtudes (cf. 36-37). El principio es simple: hay una verdad y una acción fundamental, de las cuales se derivan verdades y acciones secundarias. Los tiempos actuales de evangelización exigen garantizar una adecuada proporción entre la presentación del mensaje principal, el que estructura y da unidad a la propuesta cristiana, y las verdades que encuentran en él su fuente. Sin este criterio el mensaje quedaría expuesto a la fragmentación, al desorden y a la desarticulación, males típicamente postmodernos.

Sabemos que en el vocabulario cristiano este mensaje nuclear, el "corazón del evangelio" o "síntesis fundamental" tiene un nombre: el *kerygma* o *primer anuncio*. Podría decirse que estos tiempos de nueva evangelización deberían ser tiempos especialmente kerygmáticos porque, como lo indica el Papa hablando de la catequesis, el kerygma es el mensaje principal, que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y el que hay que volver a anunciar (cf. 164). Esto quiere decir que el kerygma es el "instrumento" primero e imprescindible con el que, al mismo tiempo, evangelizamos y somos evangelizados. Por eso siempre debemos volver a él. En otro apartado, esta vez hablando de la predicación, Francisco expresa: «Donde está tu síntesis, allí está tu corazón» y señala, además, que es necesario «evangelizar la síntesis» (143)². Este numeral se refiere a la necesidad de predicar a quienes ya han recibido el anuncio, a quienes ya se les ha transmitido el núcleo fundamental y ahora hay que saber iluminar y renovar la Buena Nueva que ya se ha aceptado y que se ha vuelto cardinal en la vida, de modo que «se haga carne cada vez más y mejor» (164). Evangelizar la síntesis quiere decir entonces que la persona evangelizada está sujeta a la ley del crecimiento pues el primer anuncio provoca un camino de formación y de maduración. Este es el motivo por el cual la Iglesia se "evangeliza continuamente a sí misma" (cf. 24, 122, 139).

Así pues, el kerygma cobra una importancia especial en esta hora de la evangelización. Si el Papa Francisco dice que hay que ponerlo todo en clave misionera, podemos afirmar que esto comporta ponerlo todo también en clave kerygmática, es decir, en disposición a comunicar a Cristo, el corazón del Evangelio. Por esto el Papa recuerda que «El kerygma debe ocupar el centro de la actividad misionera y de todo intento de renovación eclesial» (164). Si se quiere hablar entonces de la cristología subyacente en el documento, ésta no puede dejar de tener un carácter kerygmático. Una aproximación al contenido del mensaje fundamental, de la síntesis nuclear que constituye el kerygma, tal como nos la presente la *Evangelii gaudium* nos permitirá elucidar los aspectos esenciales de la que podríamos calificar como "cristología kerygmática"³. Esta cristología estructura todo el conjunto sin optar por una teología descendente o ascendente, sino más bien trata lo referente a Cristo dentro de una presentación que integra ambos aspectos, para responder a las necesidades e inquietudes del hombre actual y abierta a la trascendencia.

² Ninguna traducción de la Exhortación ha logrado captar este matiz, pues todas usan el verbo *transmitir* en vez de *evangelizar*. En italiano traducen: "La sfida di una predica inculturata consiste nel trasmettere la sintesi del messaggio evangelico"; en inglés traducen: "The challenge of an inculturated preaching consists in proclaiming a synthesis; en francés lo mismo: "Le défi d'une prédication inculturée consiste à transmettre la synthèse du message évangélique".

³ Esta cristología kerygmática que presenta la Exhortación ciertamente no se basa en la corriente de Bultmann, el cual rechazaba todo acercamiento al Jesús histórico como base del kerygma, ya que el kerygma sería más bien el resultado de una fórmula de fe de la primera comunidad cristiana que reconocía a Jesucristo como salvador. Para Bultmann ese ropaje mítico de la comunidad primitiva constituye un obstáculo para que el hombre moderno pueda acceder al mensaje. "Mito" sería sólo un resabio de la época precientífica que rodea o enmarca el kerygma, es decir, la proclamación del Evangelio y, por lo tanto lo único importante vendría a ser lo que ese kerygma pueda significar a cada persona dentro de su propio contexto cultural. De ahí surgiría la necesidad de un proceso de desmitificación, para dejar de lado las imágenes religiosas de esa primera comunidad y un cambio de lenguaje que permitiera expresar el kerygma en la cultura actual.

1.2. Contenido del kerygma

Según la Exhortación, hay una verdad fundamental y una acción o virtud primordial que conforman el kerygma, que es lo que constituye el núcleo esencial del mensaje cristiano, cuyo contenido se puede explicitar de manera multiforme prestando «*una constante atención para intentar expresar las verdades de siempre en un lenguaje que permita advertir su permanente novedad*» (41). De hecho, en distintos puntos de la Exhortación y de diversas maneras se propone este mensaje fundamental.

La verdad básica del kerygma la encontramos en la Exhortación en variadas formulaciones que se refieren a la belleza del inmenso amor salvífico que Dios ha manifestado en Cristo muerto y resucitado (36; 11), a través del cual el Padre nos revela y nos comunica su misericordia infinita (164). Más aún, el Papa recuerda que el amor personal de Dios se hizo hombre, se entregó por nosotros y está vivo ofreciendo su salvación y amistad (128) y por eso hay que hacer resonar en el corazón la convicción de que «*Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte*» (164), ya que él ha triunfado sobre el pecado y la muerte y está lleno de poder (275).

El texto, además, explicita en varias ocasiones el contenido moral del kerygma haciendo presente que «*cuando los autores del Nuevo Testamento quieren reducir a una última síntesis, a lo más esencial, el mensaje moral cristiano, nos presentan la exigencia ineludible del amor al prójimo*» (161), de tal manera que «*El contenido del primer anuncio tiene una inmediata repercusión moral cuyo centro es la caridad*» (177), la cual corresponde al mandato de Jesús que debe abrazar todas las dimensiones de la existencia, todas las personas, todos los ambientes de la convivencia y todos los pueblos, de tal modo que «*Nada de lo humano le puede resultar extraño*» (181). Al amor salvífico que Dios nos ha mostrado en su Hijo Jesucristo debemos responderle reconociéndolo en los demás y saliendo de nosotros mismos para buscar el bien de todos, para lo cual hay que poner todas las virtudes al servicio de esta respuesta de amor (cf. 39). El Papa añade que «*La primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre más*» (264), a ofrecernos y entregarnos a Dios por amor para que seamos fecundos en la labor evangelizadora (cf. 279). Ahora bien, puesto que «*La misericordia es la más grande de las virtudes, ya que a ella pertenece volcarse en otros y, más aún, socorrer sus deficiencias*» (37) Francisco insiste en la necesidad de ser misericordiosos como lo es el Padre y nos lo ha mostrado Jesús, de tal modo que podamos hacer activa la fe por medio de la caridad (cf. *Ga* 5,6).

La *Evangelii gaudium* nos ofrece un bellissimo resumen de este contenido esencial afirmando: «*todos hemos sido creados para lo que el Evangelio nos propone: la amistad con Jesús y el amor fraterno*» (265). He aquí el corazón del Evangelio, el mensaje más hermoso que tiene este mundo: amistad con Jesús y amor fraterno.

1.3. Rasgos predominantes

De todo el misterio inagotable de Jesucristo, podemos subrayar tres rasgos que resalta especialmente la Exhortación que permiten acceder al núcleo del Evangelio: Jesucristo vivo, pobre y misericordioso.

1.3.1. Jesucristo vivo

La cristología kerygmática que encontramos en la *Evangelii gaudium*, trata de poner en evidencia lo que Jesucristo ha hecho y hace por nosotros. Por eso el kerygma es memoria del acontecimiento fundamental de la salvación, la muerte y resurrección de Cristo, y proclamación de su perenne presencia viva en la historia. En este sentido encontramos que el misterio cristológico

preponderante en la Exhortación es la resurrección y, por ello, uno de los títulos más recurrente en el texto es el de «Señor». Con este acento en el Resucitado, el Santo Padre quiere insistir en la realidad de su presencia operante en nuestra historia: «*No huyamos de la resurrección de Jesús... ¡Que nada pueda más que su vida que nos lanza hacia adelante!*» (3)

Varios pasajes de la *Evangelii gaudium* dejan entrever que la presencia del Resucitado es tan viva y real que es posible un encuentro personal con él, captarlo como compañero de camino y comunicar con él. Es aquí donde se encuentra el corazón de la fe y el fundamento de nuestra esperanza, pues la resurrección de Cristo no es algo del pasado, sino una realidad que «*provoca por todas partes gérmenes de ese mundo nuevo; y aunque se los corte, vuelven a surgir, porque la resurrección del Señor ya ha penetrado la trama oculta de esta historia, porque Jesús no ha resucitado en vano*» (278). La resurrección contiene una fuerza vital que penetra todo (cf. 276) y permite que toda persona humana encuentre la respuesta a la perenne pregunta del sentido de su vida que alberga en su corazón (cf. 266). El Papa expresa todo lo relativo al encuentro con el Señor con una bella “oración del rencuentro” propuesta al comienzo del documento: «*Este es el momento para decirle a Jesucristo: “Señor, me he dejado engañar, de mil maneras escapé de tu amor, pero aquí estoy otra vez para renovar mi alianza contigo. Te necesito. Rescátame de nuevo, Señor, acéptame una vez más entre tus brazos redentores”*» (3; cf. 264, 278).

Pero también es muy importante que el evangelizador vuelva a tomar conciencia de que la presencia del Resucitado es una presencia operante; una presencia, sin embargo, marcada por la entrega de Jesús en la cruz, la cual no es más que la culminación de su darse por completo que marcó toda su existencia (cf. 269) y que debe ahora ser vivida y testimoniada por quien realiza la evangelización. Ahora bien, no se puede olvidar que Jesús es «*el primero y el más grande evangelizador*» (12) y siempre se está adelantando, dejándose encontrar y disponiendo los corazones de los hombres antes de que llegemos a él. «*Él siempre nos gana de mano*» (283). Por consiguiente la labor evangelizadora es siempre suya y es él quien «*hace a sus fieles siempre nuevos*» (11). Esto convierte el hacer de Jesús en paradigmático para el evangelizador y constituye la razón de su mayor confianza: «*El verdadero misionero, que nunca deja de ser discípulo, sabe que Jesús camina con él, habla con él, respira con él, trabaja con él. Percibe a Jesús vivo con él en medio de la tarea misionera*» (266).

A la postre, el énfasis sobre el quehacer de Jesucristo significa reconocer que su presencia operante es lo que todos necesitamos, que toda su vida es preciosa y nos habla a nuestra propia vida, que su Evangelio es la respuesta «*a las búsquedas más hondas de los corazones*» (265). Por eso el evangelizador, unido a Jesús, «*busca lo que Él busca, y ama lo que Él ama*» (267).

El hecho de que en la Exhortación exista una especial atención a la obra realizada por Cristo y a lo que la humanidad recibió y sigue recibiendo de él no significa que ella afirme una cristología funcional en perjuicio de una cristología ontológica⁴. De hecho, esta tensión es inexistente porque el texto cuida de remitir siempre las acciones de Jesucristo, «*el Evangelio eterno*» (11), a la fuente de su identidad divina y, más en particular, a la Trinidad inmanente: «*Es el Espíritu Santo, enviado por el Padre y el Hijo, quien transforma nuestros corazones y nos hace capaces de entrar en la comunión perfecta de la Santísima Trinidad, donde todo encuentra su unidad*» (117). La *Evangelii gaudium*, además, hace una afirmación profundamente ontológica: «*Jesús es el Hijo eternamente*

⁴ No basta con tratar de responder a la pregunta ¿quién es Jesucristo?, sino que también es necesario responder a la significación salvífica que tiene él para la humanidad, en otras palabras, la cuestión cristológica debe ir inseparablemente unida la cuestión soteriológica. Desde los primeros siglos de cristianismo la cristología ha tenido su mirada fija en la soteriología y viceversa, pues para entender quién es Jesucristo debemos descubrir también el sentido y la portada de su misión salvífica, la cual es la que motiva e inspira el deseo de conocerlo más profundamente y de seguirlo.

feliz con todo su ser “hacia el seno del Padre”» (267) que explica que el motivo y la finalidad de la evangelización vienen de lo alto y que evangelizamos para la mayor gloria del Padre que nos ama.

La preocupación por la evangelización siempre tenderá a acentuar el aspecto funcional sobre las cuestiones ontológicas, pero en *Evangelii gaudium* ambos elementos constituyen una unidad inescindible. Incluso en referencia a los mismos fieles se afirma que no hay separación entre su ser y su actuar; ellos no son “discípulos” y “misioneros”, sino “discípulos misioneros”⁵ (cf. 120).

1.3.2. Jesucristo pobre

La cristología kerygmática evidencia la verdad del amor de Dios manifestado en su Hijo, muerto y resucitado, operante en la historia. Sobre este núcleo esencial del Evangelio se apoya la fe de la Iglesia. Sin embargo, esta perspectiva cristológica también debe poner de manifiesto un aspecto implícito en el corazón del Evangelio: la pobreza. De hecho, otra formulación posible del kerygma podría ser: «*Dios se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza*» (198). El hecho de que Cristo haya sido pobre, haya optado por realizar el camino de la salvación a través de la pobreza y se haya identificado con los pobres hace de la opción por ellos una categoría teológica que es recordada con decisión por el Papa Francisco, quien insiste en las consecuencias que se derivan de este aspecto esencial a la fe cristológica. En efecto, la transformación misionera de la Iglesia (cf. 25) no consiste en un programa más que se añade a otros en la pastoral, sino que se trata de una propuesta eminentemente cristológica, ya que del estar con Cristo y ser como él nace la misión de la Iglesia.

Es cierto que la opción por los pobres implique considerarlos siempre como destinatarios privilegiados de la acción misionera de la Iglesia (cf. 48, 197), brindándoles no solo caridad efectiva sino también asistencia espiritual (cf. 199-201); pero también hay otras dos consecuencias de gran calado dignas de mención (cf. 198): la primera es que la pobreza de Cristo resulta paradigmática para los discípulos misioneros y de ahí que Francisco diga: «*por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres*»; la segunda es que los pobres, más allá de ser objeto privilegiado de la acción evangelizadora, son sujetos muy importantes de la evangelización, pues en ellos la Iglesia puede reconocer a Cristo y aprender más de Dios. A partir de este reconocimiento surge en la Exhortación una de las pocas indicaciones concretas acerca de la nueva evangelización: «*La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos*» (198).

El Papa sabe bien que estas tres consecuencias de la categoría teológica *opción por los pobres* - cercanía a ellos, vivir pobremente, dejarse evangelizar por ellos - se pueden esquivar fácilmente con mil justificaciones de modo que, al final, su incidencia práctica resulte insuficiente. Dado que «*existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres*» (48), una cristología kerygmática debe empeñarse en demostrar, una y otra vez, que la pobreza hace parte del corazón del Evangelio.

1.3.3. Jesucristo misericordioso

⁵ La categoría “discípulos misioneros” surgió con gran fuerza durante la Vª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, realizada en Aparecida, en donde se tomó amplia conciencia de la necesidad de relacionar profundamente el discipulado con la misionariedad, pues un discípulo tiene que ser misionero, ya que quien escucha la Palabra de Señor, se encuentra con Él y permanece a su lado no puede dejar de salir a comunicar con gran alegría esa experiencia a los demás. El Documento conclusivo de Aparecida se teje a la luz de los discípulos misioneros, de los cuales decía Benedicto XVI, en el Discurso Inaugural de esa Vª Conferencia, que son como las dos caras de una misma moneda.

A lo largo de toda la Exhortación, como un eje que la atraviesa de principio a fin, estas virtudes fundamentales del amor, de la caridad o la misericordia aparecen como el *Leitmotiv* de la propuesta de renovación misionera que hace el Papa Francisco. Porque la salvación que Dios nos ha ofrecido en su Hijo es obra de su misericordia (cf. 11), el Evangelio será siempre «*Evangelio de la misericordia*» (188). La cristología kerygmática, por consiguiente, descubre en qué modo cada misterio de la vida de Jesús viene a ser una explicitación de la misericordia del Padre, la acción divina por excelencia, tal y como lo hace el Papa cuando afirma, por ejemplo, que la encarnación es una «*invitación del Hijo de Dios a la revolución de la ternura*» (88), que la crucifixión es el «*dramático encuentro entre el pecado del mundo y la misericordia divina*» (285), o que el misterio pascual nos comunica «*la misericordia infinita del Padre*» (164). Esta concentración sobre la virtud fundamental permitirá elaborar una soteriología propicia a la evangelización, pues el amor del Padre revelado en Cristo es siempre salvífico y no tiene otra razón de ser para comunicarse que la de establecer una comunión, una permanente amistad con la humanidad.

La misericordia constituye el mensaje y el ejemplo más fuerte de Jesús. En realidad la misericordia constituye el corazón del Evangelio, porque es la proclamación que Dios nos ama, que ama al hombre pecador y que con su amor lo atrae hacia sí y lo invita a la conversión. Todo esto no es sino consecuencia de la lógica de la cruz, que es la lógica del amor que pide el don y la entrega total, pues «*fue precisamente en la cruz donde, traspasado, el Señor se nos entregó como fuente de agua viva*» (86) y su entrega en ella fue la culminación de la misericordia que marcó toda su existencia (cf. 269). La cruz constituye el signo profético culminante, pues en ella resplandece la “gloria del Padre” (2 Cor 4,6) y se manifiesta y realiza la voluntad salvífica divina.

La cristología kerygmática desvela también la posibilidad de una respuesta congruente por parte de quien es encontrado por este amor que salva y que sería la exigencia fundamental previa a cualquier obligación moral. Cuando comienza a hablar del nexo profundo entre fe y compromiso social, entre el corazón del evangelio y la promoción humana, Francisco afirma: «*La aceptación del primer anuncio, que invita a dejarse amar por Dios y a amarlo con el amor que Él mismo nos comunica, provoca en la vida de la persona y en sus acciones una primera y fundamental reacción: desear, buscar y cuidar el bien de los demás*» (178). La fe en el Hijo de Dios es inseparable del don de sí y, por esto, el discípulo será aquel que trata de responder cada vez mejor y con toda la vida al amor de Dios, que es inmenso, infinito e inquebrantable, manteniendo una disposición permanente de llevar a otros el amor de Jesús. Estos tiempos de nueva evangelización exigen proclamar que en el corazón del Evangelio encontramos la infinita y amorosa misericordia de Dios, que nos invita a ser testigo de la misericordia.

2. Hacia el corazón del pueblo. Eclesiología del Pueblo de Dios

El Papa Francisco, parafraseando a Pablo VI en su primera encíclica⁶, recuerda que la Iglesia debe profundizar en la conciencia de sí misma y debe meditar sobre el misterio que le es propio (cf 26). Por esta razón la Exhortación presenta unos rasgos eclesiológicos que recogen de manera sintética la rica doctrina del Vaticano II señalando un sendero eclesial que ha de enriquecer la acción pastoral y el comienzo de un nuevo modo de ser Iglesia, más fiel y creíble, profundamente misionera, consciente de que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio del Padre (cf. 111). Teniendo en cuenta esto, uno de los rasgos más evidentes que presenta el Papa es la “misionariedad” de la Iglesia.

2.1. Una Iglesia misterio de comunión misionera

⁶ Cf. Pablo VI, *Ecclesiam suam* (6 agosto 1964), 3

Ya hemos mencionado que la Exhortación está profundamente marcada por la acción salvífica de Cristo y que, por lo tanto, la Iglesia no puede entenderse sino al interior de su permanente referencia a Cristo y a la Buena Nueva del Reino. El punto de partida es considerar a la Iglesia como “misterio de comunión”, pero una comunión dinámica que no se quede mirando solamente la unión y la fraternidad que deben existir entre sus miembros al interior de ella misma, en un esfuerzo por conservar y preservar esos lazos que deben mantenerla unida, sino que ha de ser verdadero sacramento universal de salvación (cf. 112). El Papa recalca que «*La intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión “esencialmente se configura como comunión misionera”*» (23) y, por lo tanto, siguiendo a Aparecida⁷, se nos invita a pasar «*de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera*» (15). En otras palabras, se nos convoca a darle un fuerte impulso evangelizador a toda la acción eclesial, lo cual sitúa a la Iglesia “en salida” de sí misma, como le gusta insistir al Papa Francisco, para que todas las estructuras de la Iglesia se transformen en «*un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación*» (27).

Ahora bien, esa comunión misionera no significa uniformidad en la acción pastoral, sino que respeta la unidad y la diversidad, ya que el Evangelio «*se transmite de formas tan diversas, que sería imposible describirlas o catalogarlas, donde el Pueblo de Dios, con sus innumerables gestos y signos, es sujeto colectivo*» (129). Esta variedad, dice el Papa, es armonizada por el Espíritu Santo (cf. 117) que es quien, siendo el principio de la unidad, la suscita para convertirla en un dinamismo evangelizador (cf. 131).

Una preocupación constante y eminentemente pastoral que se percibe de inmediato es la de incitar a una transformación, a una transformación misionera, porque ahora no sirve más una “simple administración”, sino que es necesario que en cada rincón de la tierra la Iglesia se constituya en un «*estado permanente de misión*» (25) porque, como bien decía San Juan Pablo II, la misión es la tarea primordial de la Iglesia y la actividad misionera «*representa aún hoy el mayor desafío para ella y, por consiguiente, la causa misionera debe ser la primera*»⁸.

El nuevo paradigma que presenta Francisco, por consiguiente, es el de una Iglesia misionera animada por el Espíritu Santo, que centre su misión en Jesucristo y tome en serio su compromiso por los pobres (cf. 97), a fin de lograr una «*etapa evangelizadora más fervorosa, alegre, generosa, audaz, llena de amor hasta el fin y de vida contagiosa*» (261).

La Iglesia misionera debe ser, por lo tanto, una comunidad de discípulos, profundamente enraizada en la Palabra de Dios y en la Eucaristía, que celebra el gozo y la presencia permanente de su Señor (cf. 174), que se sienta a los pies de su Maestro y bebe de la fuente de la Palabra para salir a anunciar la novedad del Evangelio con audacia, con *parresia*, a voz alta y en todo tiempo y lugar, incluso a contracorriente (cf. 259). Una Iglesia que esté marcada por la alegría, como lo expresan las primeras palabras de la *Evangelii gaudium*, puesto que «*La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida de los que se encuentran con Jesús*» (1). Una alegría que debe provenir de la Palabra divina y del deseo de dejarse acariciar por el amor y la ternura de Dios.

2.2. Una “Iglesia en salida”

Al indicar ese nuevo paradigma de Iglesia misionera que responda a las exigencias y a los grandes desafíos del mundo actual, la Exhortación invita a una “conversión pastoral”, invitación que en muchos sectores ha provocado no poca perplejidad porque, además, el Papa habla de una “Iglesia en salida”, es decir, habla de una comunidad que debe dejar fuera la autorreferencialidad y

⁷ Cf. Documento de Aparecida, 370

⁸ Cf. Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, 7, 40, 86

«salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio» (20). Se trata, por lo tanto, de una Iglesia participativa (cf. 120), una Iglesia de brazos abiertos, acogedora, que salga al encuentro, que tome la iniciativa, que acompañe, festeje, busque a los que se han alejado de la comunidad eclesial y ame a los últimos, es decir a los más pobres y a todos aquellos que la sociedad actual descarta y abandona (cf. 24, 46). Esto exige dejar de estar encerrados en las parroquias, en los movimientos o con las personas que piensan únicamente como nosotros, porque cuando la Iglesia se encierra se enferma (cf. 49).

Entre las muchas exigencias que comporta esta Iglesia en salida está la necesidad de una reforma de aquellas estructuras caducas que se han convertido en un obstáculo para la evangelización, procurando que las nuevas estructuras tengan un auténtico espíritu evangélico y sean fieles a la vocación propia de la Iglesia (cf. 26). En este sentido señala la urgencia de incorporar a pleno título en el cumplimiento de la misión eclesial a los laicos, que constituyen la mayor parte del pueblo de Dios y a cuyo servicio se encuentran los ministros ordenados (102), de tal manera que no sean solamente colaboradores, sino corresponsables en la misión de la Iglesia, lo cual comporta que se tome una mayor conciencia de su pertenencia eclesial. El Papa invita, además, a ampliar los espacios de una presencia y participación más incisiva de la mujer tanto en la Iglesia como en la sociedad en general (103). Todo esto conlleva a entablar un diálogo con el mundo, tratando de escuchar sus gemidos y responder a las cuestiones existenciales que van surgiendo, sobre todo entre los jóvenes, para lo cual hay que «escucharlos con paciencia, comprender sus inquietudes o reclamos, y aprender a hablarles en el lenguaje que ellos entienden» (105).

2.3. Iglesia pueblo fiel de Dios

Al enunciar lo referente a la Iglesia “misterio de comunión misionera”, el Papa hace una señalación muy precisa al decir que éste «tiene su concreción histórica en un pueblo peregrino y evangelizador» (111). Es aquí donde encontramos la mayor insistencia eclesiológica de la Exhortación, ya que el Papa quiere hacer ver que ese misterio de la Iglesia no es una realidad abstracta y fuera de la realidad, sino que es una comunidad histórica que está en el mundo y trasciende los tiempos.

No es de extrañar esta insistencia en una de las más ricas categorías bíblicas que utilizó el Vaticano II al referirse a la Iglesia, porque el Papa Francisco conoce muy bien la doctrina eclesiológica del Vaticano II (cf. 17) como también la “teología del pueblo” que surgió a conclusión de Concilio en Argentina⁹, cuya reflexión fue promovida por la Conferencia Episcopal e iniciada por la Comisión Episcopal de Pastoral. Siguiendo la reflexión eclesiológica hecha en Argentina, el Papa lo que hace es unir las dos categorías fundamentales que presentó el Concilio: “comunión”,

⁹ Esta *teología del pueblo* dio preponderancia a la categoría bíblica “pueblo de Dios” que privilegió el Concilio Vaticano II para designar a la Iglesia, mostrando la interrelación con los pueblos, en especial el argentino. Su preocupación no era tanto el involucrar el laicado dentro de la Iglesia, sino la inserción de la Iglesia en el transcurso histórico de los pueblos. La Comisión Episcopal que impulsó esta línea de reflexión “entendió la categoría ‘pueblo’, ante todo, como se entiende al pueblo-nación, considerando la unidad plural de una cultura común enraizada en una común historia, y proyectada hacia el bien común. La dimensión histórica es fundamental en tal concepción de ‘pueblo’, e implica también un atento discernimiento –de parte de los pastores y políticos- de los ‘signos de los tiempos’ en la vida del pueblo y de los pueblos, que –para los creyentes- son también índices de la voluntad providente de Dios”. Esta teología asume la religión como núcleo de la cultura de un pueblo, de tal modo que si esa religión del pueblo está suficientemente evangelizada, “lejos de ser opio, no solo tiene un potencial evangelizador, sino también de liberación humana”. El P. Juan Carlos Scannone considera que la teología del pueblo “Ahora retorna a Roma con el papa Francisco, quien la vuelve a hacer fructificar y la ofrece de nuevo a la Iglesia universal”: J.C. Scannone, “El papa Francisco y la teología del pueblo”, en *MSJ / Teología*, (agosto 2014) 14-21. Uno de los grandes promotores de esta reflexión eclesiológica fue el teólogo argentino Lucio Gera, muy conocido por el Cardenal Jorge Bergoglio, y cuyos aportes fueron siempre muy valiosos para los lineamientos pastorales que impulsó el Cardenal cuando fue Arzobispo de Buenos Aires.

por una parte, “pueblo” por otra, para mostrar de manera dinámica la dimensión trascendente y la dimensión inmanente, es decir, indicar la manifestación de Dios uno y trino y su acción salvadora en la historia de los pueblos¹⁰. El Papa Juan Pablo II ya lo decía al referirse a la Iglesia como “el misterio del Pueblo de Dios”¹¹.

2.3.1. El impulso que dio el Concilio a la categoría “pueblo de Dios”

Durante las primeras décadas del siglo XX, la categoría “Pueblo de Dios” gozaba de una tímida aceptación en los círculos teológicos católicos, principalmente debido a una cierta y lejana influencia protestante y porque se presentaba siempre como contrapartida a la categoría eclesiológica de mayor boga en ese momento: el “Cuerpo místico de Cristo”, considerada por el papa Pío XII en la encíclica *Mystici Corporis* como la más apta para definir y describir la Iglesia de Cristo. Si bien esta categoría contribuyó ampliamente a la renovación de la eclesiología en el período preconiliar e inspiró los primeros esquemas de la Constitución sobre la Iglesia, los padres conciliares al final terminaron dando preponderancia a la concepción de la Iglesia como “Pueblo de Dios”, legitimándola plenamente y dedicando a dicha categoría el segundo capítulo de la Constitución *Lumen Gentium*. El Concilio prácticamente la convirtió en una referencia ineludible tanto para la reflexión teológica como para la acción pastoral. A su vez, la traducción jurídica de esta perspectiva eclesiológica ha quedado bien plasmada en el segundo libro del *Código de Derecho Canónico*.

Durante los años posteriores al Concilio, la categoría “Pueblo de Dios” sufrió también el embate de interpretaciones reductivas y aislamientos inadecuados con respecto a las otras nociones de la Iglesia. Animadas por una concepción ideologizada del término “pueblo”, estas interpretaciones se prestaban para fomentar falsas oposiciones (comunidad-institución; Iglesia popular-Iglesia jerárquica) y visiones de corte sociológico o político de la Iglesia. Por esta razón, la Comisión Teológica Internacional en 1984, fiel a la enseñanza de la *Lumen Gentium*, recordaba que: «En la expresión “pueblo de Dios” está además el genitivo “de Dios”, que confiere a la frase su significación específica, situándola en el contexto bíblico en el que apareció y se desarrolló. Por consiguiente, toda interpretación del término “pueblo” en un sentido exclusivamente biológico, racial, cultural, político o ideológico ha de rechazarse radicalmente. El “pueblo de Dios” procede “de lo alto”, del plan divino, es decir, de la elección, de la alianza, de la misión»¹².

En los últimos años se ha considerado que, frente a los equívocos y unilateralidades que se han presentado en el uso teológico de la noción “Pueblo de Dios”, ella requiere complementarse y estar interrelacionada con las otras categorías que presenta el Vaticano II: “Cuerpo de Cristo”, “Esposa de Cristo”, “Templo del Espíritu Santo”, “Familia de Dios”, a fin de poder ofrecer una visión más armónica del misterio de Cristo y su Iglesia.

Ahora bien, en consonancia con su objetivo, la *Evangelii gaudium* da una gran preponderancia a la categoría “pueblo de Dios”, en cuanto que ella es la que mejor le permite al Papa, siguiendo una imagen fuertemente radicada en la tradición bíblica, patristica y litúrgica, expresar la íntima unidad entre la naturaleza y el compromiso misionero de la Iglesia y presentar un nuevo estilo de vida eclesial, pero sin dejar de tener en cuenta las demás nociones que presenta el Vaticano II y de interrelacionarlas con ella¹³.

¹⁰ Cf. Grande A. M., *Aportes argentinos a la teología pastoral y a la nueva evangelización* (Buenos Aires, 2011), 796

¹¹ Cf. *Christifideles laici*, 8

¹² Cf. Comisión Teológica Internacional, *Temas selectos de eclesiología* 2, § 2

¹³ En el cuerpo del documento se menciona solo una vez las categorías “Cuerpo místico de Cristo” (104), “sacramento de salvación” (112) y “esposa de Cristo” (26). Hay cuatro menciones de la Iglesia como madre (14, 139, 210, 285). En cambio, encontramos 78 alusiones a la Iglesia como “pueblo”: 20 veces como “Pueblo de Dios”,

2.3.2. Solo quien es de Dios puede evangelizar

Francisco afirma que «en cualquier forma de evangelización el primado es siempre de Dios» (12). Esto quiere decir que la evangelización no es una cuestión de los hombres ni una obra que pueda ser pensada dentro del marco de la simple actividad humana, sometida a los límites del tiempo o de la funcionalidad. Al contrario, la Iglesia evangeliza con todo su ser y en todo momento porque es Dios quien así lo ha querido y ordenado. No es posible entonces pensar el sujeto de la evangelización desligado o parcialmente unido al mensaje que anuncia y, por esto, pensar la naturaleza de la Iglesia solo desde sus expresiones orgánicas e institucionales resultaría insuficiente. En realidad, afirma Kasper, para Francisco la Iglesia es mucho más que una institución orgánica y jerárquica, es sobre todo pueblo de Dios en camino hacia Dios, pueblo peregrino y evangelizador, que trasciende todo a pesar de la necesaria expresión institucional¹⁴. Por consiguiente, si lo que se quiere anunciar es la salvación de Dios, el agente evangelizador no puede menos que pertenecer a Dios, vivir en Dios, ser *de* Dios. Es por esto que conviene la imagen del Pueblo de Dios. La fuerza del genitivo "*de* Dios" manifiesta justamente que la Iglesia se origina y existe desde lo alto, que tiene su fundamento último en la libre y gratuita iniciativa de Dios y, del mismo modo, que su fin también es Dios porque es un pueblo que peregrina hacia Él (cf. 111). Toda la vida de la Iglesia está en una muy fuerte relación de pertenencia y dependencia de Dios.

Al afirmar que la Iglesia «es un misterio que hunde sus raíces en la Trinidad» (111), el Papa hace eco a un elemento estructurante de la *Lumen Gentium*. En ella, en efecto, el capítulo sobre "La Iglesia como Pueblo de Dios" está precedido por el capítulo de "El misterio de la Iglesia", donde se remarca que la existencia de ella depende de la voluntad y disposición de Dios¹⁵ y que es pueblo gracias a la unidad de las tres personas divinas¹⁶. Esta perspectiva fundamental es la garantía que impide politizar o sociologizar la concepción eclesiológica del *Pueblo de Dios*. De hecho, Francisco insiste mucho en este primado de la gracia que debe ser como el faro de la evangelización: es Dios quien toma la iniciativa, quien nos atrae, por pura gracia, para unirnos a sí, quien ha querido convocarnos como pueblo y quien realiza la salvación. Ante esta realidad, la Iglesia colabora sacramentalmente, siendo instrumento de su gracia (cf. 112).

2.3.3. Solo juntos se puede evangelizar: protagonismo de todos los bautizados

Cuando el Papa habla de los destinatarios de la evangelización insiste mucho en el adjetivo "todos" para señalar que nadie puede quedar excluido de la salvación de Dios. «*La Buena Nueva de Jesucristo tiene una destinación universal. Su mandato de caridad abraza todas las dimensiones de la existencia, todas las personas, todos los ambientes de la convivencia y todos los pueblos*» (181). El sueño misionero es llegar a todos (cf. 31, 237) y por eso hay que salir a ofrecer a todos la vida de Jesucristo (cf. 49). De la misma manera, cuando habla de los agentes de la evangelización no privilegia a ninguna persona o estado de vida en particular sino afirma claramente que "todos" los fieles son evangelizadores. Precisamente el primer apartado del capítulo tercero, donde se encuentra uno de los desarrollos eclesiológicos más amplios de la Exhortación, se titula "*Todo el Pueblo de Dios anuncia el Evangelio*". Esto es así en virtud del Bautismo por el que cada miembro del nuevo pueblo recibe la fuerza santificadora del Espíritu que lo impulsa a evangelizar y hace de él un auténtico discípulo misionero (cf. 119-120).

10 como "Pueblo fiel de Dios", 15 veces como "su pueblo", en referencia a Dios o a Cristo, y 34 veces es mencionada escuetamente como "pueblo" o, en algunos casos, acompañada de adjetivos como "católico", "cristiano", "bautizado" o "evangelizado". Además, la noción "pueblo" se menciona otras 64 veces en su acepción sociológica y con referencia a múltiples realidades.

¹⁴ Cf. Kasper W., *Papa Francesco. La rivoluzione della tenerezza e dell'amore* (Brescia 2015), 59

¹⁵ Cf. *Lumen gentium*, 2

¹⁶ Cf. *Lumen gentium*, 4

La Exhortación, al privilegiar la categoría de “pueblo de Dios”, pretende subrayar que la Iglesia es fundamentalmente una congregación de fieles que se encuentran, en razón de su bautismo, en igualdad de condiciones a los ojos de Dios, con los mismos deberes y derechos, con la misma obligación de ser y vivir la santidad, y con la misma misión de evangelizar, anterior a cualquier tipo de diferenciación o distinción, estructural o institucional. Ciertamente el Papa quiere que todo el pueblo de Dios participe activamente en la vida de la Iglesia.

Esta noción eclesiológica, que antepone la igualdad a la diversidad, también es un eco claro de la estructura de la *Lumen Gentium* donde el capítulo dedicado al Pueblo de Dios precede al capítulo de la constitución jerárquica de la Iglesia, circunstancia que supuso un cambio muy profundo, y no siempre fácil, en la comprensión de la Iglesia, pues significó pasar a un modelo horizontal de entenderla y el abandono de una comprensión puramente vertical o piramidal de la misma. De hecho el Papa ha evitado en esta Exhortación exponer cualquier tema con la tradicional distinción obispos-sacerdotes-religiosos y laicos, dando así mayor relevancia al entero conjunto de los fieles (cf. 76). Él busca dirigirse a todos con un mensaje que vale para todos. El número 120 resume bien este punto: «*Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea sólo receptivo de sus acciones. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados*».

Es evidente que semejante insistencia se realiza en razón de aquella ignorancia, indiferencia o pasividad que reina en tantos fieles (de cualquier estado de vida) quienes piensan que la misión no es asunto suyo o han perdido la audacia y el ímpetu misionero. Asimismo constituye una fuerte advertencia de evitar cualquier “clericalismo” de la actividad propia de los laicos, ya que ellos están llamados penetrar de valores cristianos el mundo social, político, económico y colaborar en una verdadera transformación de la sociedad. De ahí que «*La formación de laicos y la evangelización de los grupos profesionales e intelectuales constituyen un desafío pastoral importante*» (102).

2.3.4. Escuchar al pueblo para evangelizar

La eclesiológica del Pueblo de Dios permite ver a la Iglesia capaz de engranarse con otras realidades históricas, ya que la noción de “pueblo” es una categoría sin contornos definidos, permanentemente abierta y, por eso mismo, ampliamente incluyente, capaz de contactar y generar fusiones con su entorno. Se trata por tanto de una categoría que ayuda a subrayar la condición visible y social de la Iglesia, como también su universalidad y catolicidad. Decir que la Iglesia es Pueblo de Dios significa afirmar, entonces, que ella es un sujeto histórico, no una realidad ajena o superpuesta a la realidad, sino situada en el tiempo y el espacio, peregrina a través de las mismas vicisitudes de la historia de los hombres (cf. 111, 144) y capaz de encarnarse o inculturarse en medio de las realidades temporales (cf. 24).

El Pueblo de Dios se encarna en los pueblos de la tierra, cada uno de los cuales tiene su cultura propia. La cultura es presentada por el Papa como aquello que engloba la totalidad de la vida de un pueblo, la cual siempre debe considerarse una realidad dinámica, que se recrea, se transmite y se reformula constantemente (cf. 122). La encarnación del Pueblo de Dios en el corazón de los pueblos no puede significar eliminación de su cultura ni imposición de un modelo cultural. Más bien, el Pueblo de Dios asume y se enriquece con los valores existentes en la vida de los pueblos y, simultáneamente, contribuye a iluminar y transformar la vida de los pueblos provocando una nueva “síntesis cultural” (cf. 129) y nuevas formas de transmitir el Evangelio (cf. 122). Por eso la Iglesia tiene muchos rostros y muchas expresiones.

Si esta compenetración cultural es requerida, los miembros de la Iglesia, que son a su vez los evangelizadores, no solo deben pertenecer totalmente a Dios, ser de Dios, sino también deben conocer y comprometerse con la humanidad, ser del pueblo, o usando uno de los subtítulos del documento, tener siempre «*un oído en el pueblo*» (154). De nada le serviría a la Iglesia estar cerca de Dios pero “mantenerse a distancia del nudo de la tormenta humana”, lejos del mundo de sus destinatarios (cf. 270). Porque no es extraña sino que comparte la realidad de los otros pueblos y se involucra en su historia, la Iglesia puede comunicar con ellos y transmitir un mensaje válido. El Papa dice al respecto: «*Para ser evangelizadores de alma también hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, hasta el punto de descubrir que eso es fuente de un gozo superior. La misión es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo* (268).

Más allá de marcar el modo de evangelizar, esta “pasión por el pueblo” deja traslucir también una verdad teológica fundamental: la Iglesia como pueblo es el sujeto histórico que Dios, en su designio divino, ha establecido para instaurar y actualizar su Reino. De este modo el Pueblo de Dios es sacramento de salvación y todo cuanto ha querido comunicar el Padre por medio de su Hijo en favor de la amistad con el hombre, se encuentra en el corazón de esta comunidad. Aunque siempre tenga un rostro multiforme y una vida multicultural, la unidad de cuantos han encontrado a Cristo y recibido su gracia será siempre el lugar privilegiado donde actúa el amor salvífico de Dios y donde se pueden encontrar todos los medios para alcanzarlo. Por tanto, cuando la Iglesia evangeliza no hace otra cosa que invitar a los hombres a su seno.

Ahora bien, la Exhortación hace una anotación importante al señalar que la piedad popular, que es una verdadera expresión de la acción misionera del pueblo de Dios (cf. 122), constituye el mejor punto de partida (69) ya allí encontramos formas propias que han brotado de la encarnación de la fe en la cultura popular que incluyen una relación con Dios, con Jesucristo, con María y con los santos (cf. 90) y son aptas para ayudar a sentirse parte de la Iglesia y, al mismo tiempo, una forma de ser misioneros (cf. 124). En la piedad popular, dice el Papa, subyace una fuerza evangelizadora que no podemos menospreciar y llega a ser un verdadero lugar teológico que tiene mucho que enseñarnos (cf. 126).

2.4. La Iglesia comunidad evangelizadora

La Iglesia, como todo sujeto histórico, ocupa un lugar en medio de las realidades temporales y su naturaleza misionera la orienta hacia el corazón mismo del mundo. Cuando el Papa Francisco invita a que ella se sitúe en el mundo como “pueblo” indica que es necesario que sea reconocida por aquellas actitudes que la hacen una verdadera comunidad de personas que han encontrado a Jesús y creen en el estilo de vida del Evangelio y no, en primer lugar, por sus aspectos organizativos, funcionales o institucionales. Si la amistad con Jesús genera el amor fraterno, el nuevo Pueblo de Dios debe ser una manifestación constante de esta realidad ante el mundo. Por eso la *Evangelii gaudium* busca promover esa mística de vivir juntos que puede convertir la Iglesia «*en una verdadera experiencia de fraternidad, una caravana solidaria, en una santa peregrinación*» (83). Es el gusto espiritual de ser pueblo y de buscar el bien de los demás. Por esto los verbos que con mucha frecuencia recurren en la Exhortación son acoger, escuchar, dialogar, festejar, acompañar, apoyar, crecer, compartir, cuidar, involucrarse, que representan actitudes por las cuales debería distinguirse la vida del Pueblo de Dios, fiel al Evangelio.

Este estilo de vida comunitario también es la raíz y el motor de la evangelización. Dado que la Iglesia no crece por proselitismo sino «*por atracción*» (14), una vida comunitaria luminosa no solo logra ser signo del amor de Dios sino que impulsa a la comunidad a salir de sí misma para anunciar ese amor e invitar a quien no lo tiene a encontrarlo en la persona de Cristo. Esto quiere decir que la vida de comunión no encierra ni repliega la Iglesia sobre sí misma, al contrario, el Papa

enfatisa que la intimidad de la Iglesia es siempre itinerante y su comunión siempre misionera (cf. 23).

En este sentido señala, igualmente, la urgencia de proclamar y repetir en las diversas etapas de la vida de los bautizados el “primer anuncio”, que es aquél que, con la fuerza del Espíritu Santo, lleva a creer en Jesús, a hacer sentir el deseo de conocerlo y de dejarse fascinar por él, que con su muerte y resurrección anuncia a todos la infinita misericordia de Dios Padre (cf. 164). La Iglesia, ciertamente, proclama el kerygma como una luz que da respuesta al anhelo de infinito que existe en cada corazón humano y que impulsa a un crecimiento y a una maduración de la fe inicial.

Así, pues, enriqueciendo aún más todo lo referente al Pueblo de Dios y siguiendo los lineamientos trazados por la *Evangelii nuntiandi*¹⁷, a los que les da un mayor y actualizado desarrollo, el Papa Francisco constantemente recalca que la Iglesia misionera es una “comunidad evangelizadora” que experimenta y hace suya la iniciativa del Señor (cf. 24; 269) para acompañar y colaborar como instrumento de la gracia divina (cf. 112).

Esto es lo que sustenta una de las comprensiones eclesiológicas más llamativas del documento, la Iglesia entendida como “comunidad evangelizadora” (cf. 24) o como Iglesia “en salida” (Cf. 20-23), y el imperioso llamado a «*activar la dinámica del éxodo y del don, del salir de sí, del caminar y sembrar siempre de nuevo, siempre más allá*» (21).

La salida misionera es connatural a una comunidad donde todos son un solo corazón y una sola alma. La misión entonces es algo incontenible que proviene del corazón mismo del Pueblo de Dios y hace parte de su ser: «*Si alguien ha acogido el amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros?* (8)... *La misión en el corazón del pueblo... es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme*» (273). Esta perspectiva enriquece en gran medida la doctrina de la *Lumen Gentium* donde el carácter misionero de la Iglesia aparece estrechamente unido a su condición de ser Pueblo de Dios (LG 17) pero fundamentado más desde la perspectiva de respuesta a un “mandato” y “encargo” divino que la Iglesia ha recibido y cumple, animada por el Espíritu Santo. A esta iniciativa divina la *Evangelii gaudium* añade la justificación de la misión como consecuencia natural de ser comunión. Porque el obrar sigue al ser, la ontología misionera hará que la salida misionera sea el paradigma de toda obra de la Iglesia (cf. 15).

2.5. Solo amando se puede evangelizar: la Iglesia lugar de misericordia gratuita

Otro de los grandes rasgos de la eclesiología de la *Evangelii gaudium* es el de la íntima conexión que existe entre la Iglesia y ese eje que recorre toda la Exhortación y que, como ya hemos dicho, hace parte del corazón del Evangelio: la misericordia. Dice el Papa: «*Así como la Iglesia es misionera por naturaleza, también brota ineludiblemente de esa naturaleza la caridad efectiva con el prójimo, la compasión que comprende, asiste y promueve*» (179). La comunidad evangelizadora «*vive un deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva*» (27). Este deseo de misericordia es propio de su condición de ser Pueblo de Dios, lo cual implica ser el fermento de Dios en la humanidad y «*el*

¹⁷ Pablo VI, a conclusión del Asamblea del Sínodo de los Obispos sobre la Evangelización, escribía: «Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la santa Misa, memorial de su muerte y resurrección gloriosa: *Evangelii nuntiandi*, 14. El Papa Francisco se refiere 50 veces en la *Evangelii gaudium* a la Iglesia en cuanto comunidad evangelizadora o a sus acciones encaminadas directamente a la evangelización, como un desarrollo de esa nueva etapa evangelizadora que él propone en esta Exhortación apostólica.

lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio» (114).

Para cumplir con esta exigencia que brota de lo más profundo del Evangelio, la Iglesia debe tomar muy en serio la inclusión social de los pobres. El Papa habla con mucha fuerza al respecto, recordando que «*Cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad; esto supone escuchar el clamor de los pobres y socorrerlos*» (187). Para que la Iglesia, en el cumplimiento de su misión, no corra en vano no puede olvidarse de los pobres. Así, pues, la opción por los últimos, por aquellos que descarta y desecha la sociedad (cf. 195) es un signo que no puede faltar para manifestar la belleza del Evangelio. Siguiendo los pasos de Jesús, esta opción constituye una verdadera categoría teológica, que está implícita en la fe que profesamos, «*la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza*» (198). De aquí surge el profundo anhelo de Francisco: «*una Iglesia pobre para los pobres*», para compartir los bienes con aquellos que tienen necesidad, para salir al encuentro de los pobres y en ellos tocar la carne de Cristo e ir, como “madre de corazón abierto”, hacia lo que el Papa llama las periferias existenciales, las periferias humanas (cf. 20, 46).

Epílogo

Al mirar con atención estas líneas cristológicas y eclesiológicas que aparecen en la *Evangelii gaudium* no podemos dejar de reconocer el influjo que tuvo el Documento de Aparecida en la redacción de esta Exhortación Apostólica. La semejanza que encontramos en sus planteamientos pastorales no es de extrañar ya que el Papa Francisco, siendo todavía Arzobispo de Buenos Aires, no solo participó activamente en la Vª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe que se realizó en Aparecida en mayo de 2007, sino que fue el Presidente de la Comisión de Redacción del Documento Conclusivo. Muchas de las expresiones que aparecen como novedosas en la Exhortación son el resultado de una reflexión que se ha ido gestando en América Latina a lo largo de sus diversas Conferencias Generales. De ahí, entonces, que surja la invitación a una Iglesia en salida misionera, llena de gozo, que asume la opción preferencial por los pobres; que impulse a avanzar por una conversión pastoral y misionera que no puede dejar las cosas como están y que, citando directamente el Documento de Aparecida¹⁸, proponga que en todas las regiones de la tierra la Iglesia se constituya en un estado permanente de misión (25).

¹⁸ Cf. Documento de Aparecida 551